

## Salvando el curso de Terricología

Por Valeria Jiménez Chapa

Ese fue el peor día de mi vida. El solo recordarlo me tensa las antenas.

Ninguno de mis compañeros me creyó cuando se los conté al regresar a la estación intergaláctica tras mi desafortunada odisea.

*Todo sea por salvar el curso de Terricología.*

Al comenzar mi día, registré en la bitácora de la tarea el ciclo solar, mi número de registro, el estado mío y de mi nave, así como un breve resumen de la importante misión de hoy: analizar las propiedades de un extraño artículo humano denominado como “*balón*”. En *Nerevis* no tenemos nada parecido a “*balones*” ni a “*fútbol*”. Lo más parecido a un juego que existe en mi planeta es el duelo a muerte con desintegradores antimateria. Eso *sí* es entretenido, no patear una tonta esfera por un tonto campo cuadrangular. *Humanos: tontos y aburridos.*

Lo repito, aquel fue el *peor* día de mi vida. Todo empezó cuando Xam, mi *orrep* (una criatura similar a los *isópodos* terrestres, pero del tamaño de un *canis lupus familiaris*) ingirió mi tarea. En ese ese momento creí que todo estaba perdido.

Pude ver mi futuro y más bien, *no tenía futuro*. Me expulsarían de la institución educativa para que fuera comida de los *orrep*. *Orrep* salvajes, claro. Aunque en realidad no existe una diferencia entre salvajes y domesticados, lo que es seguramente la causa de las constantes amenazas de Xam por comerse mis pertenencias. *Y a mí.*

Si yo hubiera sido una criatura con pelo, se me hubiera caído todo de golpe por el estrés. No podía dejar de pensar en el rostro colérico de mi tutora y el desprecio de mis colegas estudiantes al enterarse que reprobé el examen final del curso más sencillo del programa y solo porque mi *orrep* se lo comió. *Oh, por Andrómeda y sus vastas estrellas, vaya que también lo descomió.*

Tenía que hacer algo. Me acerqué a la consola principal corriendo lo más rápido que mis cuatro piernas me permitieron y fijé el curso a la Tierra. Mi nave inmediatamente se rodeó por una membrana luminosa color morado de la energía del núcleo de hiper velocidad antes de entrar en la zona atemporal. Estuve ahí por

unos cuantos ciclos crónicos, desesperado, tan estresado que casi me crece pelo solo para que me lo pudiera arrancar a tirones. De todos los planetas posibles, tenía que ser la Tierra. Ahí creen que nosotros nos los comeríamos de un bocado. *Tontos humanos*, usaríamos cubiertos, somos civilizados. Pero bueno, la comida es para luego, ahora hablemos de deporte.

Al llegar a la órbita terrestre, ni siquiera terminé de fijar el punto de aterrizaje, solo quité el control automático y me zambullí en picada. Mi nave quedó envuelta en llamas que le dañarían horrendamente el recubrimiento del casco y vino a mi la imagen de mis progenitores expulsándome de la cuenta familiar de *Zpotyfi*.

Mi prueba consistía en el análisis de un objeto humano, a mi me asignaron el balón de fútbol soccer. Ahora, el único ejemplar de balón que tengo era una baba morada.

*No puedo analizar baba morada.*

Tengo que conseguir otro balón y lo haré cueste lo que cueste, por mi honor.

Aterricé en una pendiente extraña. Revisé el mapa holográfico. Estaba en el norte de un país de *México* llamado América. El verde y rocoso paisaje frente a mí era la *Silla del Cerro*. O tal vez era al revés, igual, a mí que me importa la geografía terrestre. Bajo de mi nave, dispositivo localizador en mano, rastreando el parpadeante a haz de energía de la pelota más cercana. Tropecé unas cuantas veces pero logré llegar a las faldas del cerro. Tenía que estar a menos de un kilómetro del objetivo para lograr teletransportarlo a mí. Sonríó con villanía. Ahora sí, podría lograrlo. Traería el balón, lo analizaría y salvaría *Terricología*. La paz me duró muy poco. En mi dispositivo, el botón de “*teletransportar a mi ubicación*”, el que yo quería seleccionar, estaba a un lado de “*autodestrucción*”. No, no le piqué a ese. Ya quisiera haber *explotado*, era preferible a “*transferir consciencia a objeto*”. Instantáneamente, todo se tiñó de sombras.

Por Andrómeda, ahora mi conciencia está atrapada *dentro* de un balón. ¿Esto es a lo que los homínidos *fútboljugantes* se referían con “*siente tu liga*”? Esto solo confirmó lo mucho que detesto este planeta, sus habitantes y sus raros rituales. Para salvarme las antenas y conseguir volver a mi cuerpo con un balón voy a necesitar un milagro.

El lejano vitoreo humano inundó el pasillo. Los gritos son tan... *perturbadores*. Me sentía en el desierto de Eruva, rodeado de orrep hambrientos que no dudarían en arrancarme toda la carne de los huesos. Como todo Nereviano honrado, mi primer instinto fue plantarme firme ante el peligro para combatirlo con ferocidad, pero decidí ignorarlo brevemente para intentar huir de la manera más temerosa y cobarde. Traté, traté y traté, pero solo pude rotar 0.022 grados a la izquierda. Todo empeoró cuando unas callosas manos me sujetaron y me atrajeron a aquellos rugidos. El tipo que me tenía de rehén y yo salimos a la arena de batalla, *la cancha*, donde un terrestre emitía un comunicado con la audiencia. No entendí casi nada, solo pude rescatar que habría un sangriento combate llamado *Mundial* entre dos feroces bandos de guerreros humanos que vestirían armaduras del color representativo de su nación. Por lo que tengo entendido de este ritual, las únicas armas permitidas eran sus propias piernas. La esperanza me invade, al fin algo interesante. Es una pena que tenga que presenciar esta batalla desde la perspectiva de un balón decorativo con *absolutamente nula participación* a orillas de la cancha. Igual, los equipos combatientes no tardaron en llegar. Tan pronto los uniformados salieron al sol, la multitud enloqueció aún más, si es que eso era posible. Tras terminar sus variadas ceremonias, una mujer que hacía de intermediaria en el conflicto llevó uno de los balones a la cancha. Me pregunté por qué llevaría un artículo meramente decorativo a estorbar justo en el centro del campo de batalla.

El aire casi se sale de mi *circunferencia*. Los humanos no se pateaban entre sí. *Tonto, tonto, entendí todo mal*. Era un duelo a muerte, pero no humano contra humano, *no*. Era humano contra... *balón*. Lo pateaban sin cesar por todo el campo, haciéndolo volar y raspándolo contra el césped una y otra y otra vez. Ahora sé que existe un destino peor a ser devorado por los *orrep*. Trato de huir de nuevo, pero soy una *tonta esfera de veintidós centímetros de diámetro* y lo único que puedo hacer es presenciar una probada del futuro que me aguarda. Diría que el examen ya no es mi prioridad, pero mentiría en decir que miento. Si, la verdad estoy que *ruedo* por salir de ahí. El balón que pateaban los homínidos logra su escape al salir de la rectangular área delimitada. Creí que había

terminado hasta que la intermediaria tomó el balón junto a mí para entregarlo a los jugadores y la brutal tortura comenzó de nuevo. Me retracté de todo lo que pensaba: Los humanos no son aburridos, *son perversos*. Uno a uno, los balones salían de la cancha y otro los remplazaba. Pronto mi turno llegó. Ojalá allá, en las faldas de la *Silla del Cerro*, lejos de esta guerra, una hoja hubiera caído sobre mi dispositivo justo sobre el botón de “*revertir transferencia*”. O tal vez en el de “*Teletransportar incluyendo recipiente*”. O al menos al de “*autodestrucción*”. Sentí las vibraciones de una avalancha de pisadas furiosas acercándose a mí y supe que se había acabado. Pronto, estaba en el aire y mi esperanza en los suelos. Los guerreros de calzado colorido incansablemente continuaron jugando con mi cordura y mi dignidad, arrebatándome el uno al otro en una red maquiavélica de estrategias invisibles. En determinado momento, hubo una pequeña pausa, una pequeña bocanada de aire, cuando me estrellaron — *claramente a propósito*— contra la cara de un humano. Vaya, sí que son unos sádicos. Casi me siento en casa. Después, la crueldad continuó. Supe que todo estaba perdido cuando unos rápidos pies me levantaron del césped y despojaron de mí a cualquiera que intentaba patearme lejos. Entonces noté lo que trataba de hacer: quería encerrarme en una cuadrangular prisión de cuerdas blancas custodiada por un feroz guardián de guantes gruesos. *Por Andrómeda, no quiero ser prisionero de guerra*. En ese instante, *el tiempo parece detenerse* y yo por primera vez veo la situación con la mente abierta. Tanta patada había logrado revolverme las ideas. El público grita, celebra, canta, llora. Desconocidos se abrazan unidos por la pasión por los momentos como este, momentos que llenan de adrenalina, que te obligan a levantarte del asiento y aplaudir, que te hacen sentir que eres parte de algo más grande. Ahora lo entiendo. La Tierra no es como pensé que sería. Los humanos no son como pensé que serían. Tal vez no construyen desintegradores antimateria ni pueden comunicarse telepáticamente, pero ellos pueden crear *momentos*. Ojo, que lo entendiera no significa que ahora me importe. Yo solo quiero mi tierroso balón y una buena nota en *Terricología*. No debí meterme en el programa *BI, Bachillerato intergaláctico*. Y el tiempo no solo *parecía* detenerse. Lo hizo de verdad.

Mi dispositivo era lo único en la Tierra que podía lograr esto. Aún hay esperanza, si lo que sea que tenía en su poder el dispositivo apretaba los botones indicados, estaría de vuelta en mi cuerpo. El universo me escuchó: todo se volvió negro de nuevo. Al abrir los ojos, el reflejo de mi propia cabeza calva me deslumbra. Esto está mal, ¿Por qué estoy masticando plantas? Miro mi ser y todo cobra sentido: estoy en el cuerpo de Xam y él está en el mío. Un momento, ¿qué hacía Xam *afuera*? Volteo a todos lados y encuentro un agujero del tamaño del *orrep* en el casco de mi nave, mi dispositivo babeado y mordisqueado y... ¡el balón! Estaba sobre la tierra, inmóvil. Me acerqué al dispositivo y aplasté los botones sin distinguir cuál era cuál, ahora tengo demasiadas patas y poco control de ellas. No sé cómo lo hice pero seleccioné los botones adecuados. Todo se hizo negro de nuevo y ahora yo era yo y Xam era la misma bolita de furia comebalones, si muy apenas logré atraparlo antes de que se comiera éste.

No tardé en reparar el agujero de mi nave y fijar el curso de vuelta a *Nerevis*. El balón está en la máquina analizadora y yo en la silla de mando, con las piernas sobre el tablero, relajándome después del condenado día que viví e imaginando las alabanzas de todos al contarles los relatos de mis épicas aventuras y como mi gran genialidad había salvado el día. Todos querrán elegirme como su próximo emperador, me glorificarán, colgarán un retrato mío en el salón de las leyendas y...

Baje la guardia. *Un. Solo. Segundo.* Y Xam ya había hecho de las suyas.

El balón, *baba morada*.

Pero bueno, veamos el lado bueno: del estrés me creció una cana. ¡Cabello!

¡Tengo cabello!

FIN